terior, y no podia dar parte en él á otros gobiernos, con los cuales no tendria embarazo en ajustar, llegado él caso, los tratados que se estimasen convenientes en beneficio de la industria y comercio. Por franca que fuese la declaracion y nobles los sentimientos del presidente Adams, que como su ministro de relaciones se opusieron siempre á los proyectos ambiciosos del partido democrático de los Estados-Unidos, era muy obvio que variado aquel gobierno, los que les sucediesen verian con antipatía, principalmente respecto de México, cualquiera combinacion política que pudiera engrandecer á las nuevas repúblicas en competencia con los Estados-Unidos.

La grande influencia de Bolívar y la capacidad de los ministros de Estado de Colombia, del Perú y México, que lo eran D. Pedro Gual, D. Manuel Vidaurre, y Alaman, hacian esperar la reunion del congreso como un suceso que podia presentar á la América Española con toda la fuerza y con todos los medios de moderar las ecsigencias de los gobiernos con quienes entraba en relaciones, y de precaver los incalculables perjuicios que todos han resentido por reclamaciones pecuniarias y por la condicion privilegiada en que se han puesto los estrangeros, favorecidos por sus ministros, gozando de las garantías y de la proteccion del gobierno en todos sus negocios, mucho mas que los hijos del país. La historia antigua y moderna acreditan bien la necesidad de las confederaciones, y bastaria fijar la atencion en el estado actual de la Europa para conocer toda la importancia y trascendencia que habria tenido un congreso que representase permanentemente las necesidades de la raza de orígen español, sus costumbres y los principios generales que se hubieran adoptado para no precipitarse en tantos errores como los que han

cometido desde su independencia. Un cuerpo tan respetable, como la asamblea que trataba de formarse, habria escitado y mantenido el espíritu público; y afianzada la dignidad de los Estados americanos, cualesquiera que hubieran sido sus dificultades interiores para constituirse, mucho habrian ganado preservándose del mayor de los males que los amagaba, y que sufren hoy, el desprecio de sí mismos, creyendo que nada pueden hacer sin imitar algo de las naciones europeas ó de los Estados-Unidos. Ya verémos despues cómo se frustró un proyecto que Bolívar consideraba tan provechoso que decia, al comunicarlo á México, que solo esperaba su ejecucion para retirarse á la vida privada.

Michelena comunicaba desde Lóndres el reconocimiento de la independencia por la Gran Bretaña, que no podia hacerse sino mostrándose dispuesta á ajustar un tratado de amistad y comercio, y considerando en consecuencia á la república en el pleno y libre ejercicio de su soberanía. Ya hemos visto que el gobierno inglés habia hecho saber á todos los demas de Europa que no podia demorar por mas tiempo aquel reconocimiento, por sensible que le fuera dar este paso ántes de que se hubiesen puesto de acuerdo por un arreglo amigable las posesiones americanas y su metrópoli. Pero como no habia una declaracion formal y terminante en que se espresara que la nacion inglesa reconocia la independencia de México, dió esto lugar á que se suscitase un debate, tanto por la prensa como en el congreso, sobre si la república debia darse por satisfecha de la correspondencia de Michelena, y de los preliminares del tratado que comenzaban á ajustarse en México, ó si era necesario un acto mas solemne que no dejara duda de ningun género. Mr. Ward ha-

bia llegado en Marzo de aquel año con el carácter de ministro de S. M. B. Michelena habiendo desempeñado su mision hasta donde le permitian las circunstancias y bajo la seguridad de que aquel gobierno trataria con México, y habiendo nombrado tambien algunos agentes en los Estados que creyó mas importantes para estender nuestras relaciones esteriores, regresó para representar la república como su plenipotenciario en el congreso de Panamá, á cuyo punto se dirigió con su compañero Dominguez Manso, ministro de Iturbide, prévia la aprobacion que hizo de estos nombramientos el senado.

Miéntras Alaman permaneció en el ministerio, aunque sin la influencia general en todos los negocios que habia tenido durante el poder ejecutivo, la conducta del gobierno mantuvo la regularidad que siempre caracterizó los periodos de su administracion, y la primera secretaría de Estado estuvo servida con el acierto y dignidad que requerian las relaciones que comenzaba á entablar la república con los gobiernos estrangeros. Sostenido el órden legal, respetada y observada la constitucion en el Departamento que le pertenecia, y buscando siempre el apoyo y armonía con las cámaras, sus enemigos nada tenian que reprocharle en el terreno permitido, ni el presidente podia quejarse, cualesquiera que fuesen sus antipatías personales, ni del despacho, ni mucho ménos de la fidelidad de su ministro de Estado. Pero era imposible que sostuviese por mas tiempo su papel en un teatro en que todo sufria un cambio tan notable, y en donde encontraba por enemigos á sus mismos compañeros, que por las razones que he dicho ántes, no podian conformarse ni con sus sentimientos, ni con sus opiniones. Combatido por todas partes, y hasta acusado por el diputado Don Juan

de Dios Cañedo, por disposiciones que habia dictado sobre pasaportes espedidos á estrangeros para venir á la república, que aquel representante suponia contrarias á la ámplia libertad que tenian todos para entrar en ella, hizo al fin dimision del ministerio, que se encargó provisionalmente á Gomez Pedraza, miéntras venia de Jalapa D. Sebastian Camacho nombrado para reemplazarlo. Alaman se separaba en Setiembre de 1825, precisamente cuando las lógias yorkinas se organizaban bajo la direccion de Poinssett, y adquirian todo el poder que les delegaba el gobierno. Ramos Arizpe como oficial mayor del ministerio de justicia, á cuyo empleo lo habia llevado Llave para prepararle la entrada como secretario del mismo Departamento, y la cual no podia ya impedir el presidente que no lo estimaba, sin embargo de ser uno de los directores de aquellos clubs y un poderoso enemigo de los escoceses, iba á cambiar las cosas apoyado por Pedraza y Esteva, de una manera tal, que no dejase esperanza ninguna, ni de moderacion en el gobierno, ni de respeto tampoco á la constitucion y al órden legal. Alaman habia dirigido los negocios bajo el influjo de las pasiones mas ecsaltadas y de las circunstancias mas difíciles, y no obstante, á los dos gobiernos á quienes habia servido, les habia hecho eminentes servicios que reconocian hasta sus mismos enemigos. Calmadas las dolorosas impresiones que dejó la desgracia de Iturbide, en que solo tuvo la responsabilidad comun de todos los hombres que compusieron el poder ejecutivo, atacado despues por los que ménos garantías podian dar de observancia de las leyes y de respeto á los derechos de los ciudadanos, y colocado en la sociedad tan ventajosamente por sus prendas personales, y por el empeño con que fomentaba las empresas

de minas mas importantes, se separaba de los negocios con mas brillo y mas crédito del que habia tenido al encargarse de ellos, y era designado por la parte sensata como el único ministro capaz de fijar una política de órden y de desempeñar con acierto y con buen nombre el departamento de relaciones.

Un suceso que si no era tan glorioso, como se dijo entónces, sí debia considerarse como muy grave y útil para el país, bajo el aspecto político, robustecia al gobierno en el primer año del periodo constitucional. Desde fines de 1823 habia roto el castillo de San Juan de Ulúa sus fuegos sobre la plaza de Veracruz, y como aquel puerto era, como lo habia sido ántes, el primero de la república, y no podia, atendidas mil circunstancias, reemplazarse con ningun otro, el comercio estaba paralizado y violenta la nacion al ver ocupada aquella fortaleza por tropas españolas. El vómito hacia grandes estragos entre éstas, y como no deseaba tampoco el gobierno de Madrid conservar lo que bajo ninguna combinacion podia convenirle, cualquier contratiempo como la epidemia reinante, la escasez de víveres y la penosa necesidad de relevar con frecuencia la guarnicion del castillo, debian obligarle al fin á abandonarlo, y aprovecharse de cualquiera oportunidad para librarse del compromiso en que lo habia puesto la resistencia que habia hecho desde el principio el general Dávila para ponerlo á disposicion del gobierno de la república. Tampoco podia prescindirse de la multitud de españoles residentes en ella y en la misma plaza, contra los que era fácil que se suscitasen persecuciones ó prevenciones mas desfavorables que las que habia, miéntras la España conservase fuerzas dispuestas á hostilizarla. El brigadier Copinger que mandaba el castillo, lo abandonó en Noviembre por un

convenio que no importaba otra obligacion de parte de México que la asistencia en los hospitales de Veracruz á los españoles que se hallaban enfermos. Lo que se ha escrito sobre la combinacion de la escuadrilla mexicana con algunos buques americanos para cortar las comunicaciones con el castillo y para impedir, como en efecto impidieron, el desembarco de las tropas que mandaba el capitan general de Cuba para relevar aquella guarnicion, aunque no es opuesto á la verdad, no puede presentarse sino como un hecho muy natural por las dificultades que he indicado; ni merecian tampoco la estraordinaria recomendacion, que hizo entonces el gobierno, el ministro de hacienda Esteva que habia bajado á Veracruz para proporcionar recursos y facilitar la evacuacion, y el comandante general del Estado Barragan, porque ellos habrian visto á las tropas españolas salir del castillo aun sin la intimacion que se hizo al brigadier Copinger. El clima de Veracruz nos daba este triunfo, y nunca deben apropiarse los hombres aquellos que mas bien concede la naturaleza.

Este suceso, sin embargo, contribuyó mucho á estraviar la política del partido yorkino, que creia realizable el proyecto de la libertad de Cuba, favorecida por una espedicion marítima que se deseaba preparar y por las tropas de desembarco que se destinasen con tal objeto. Los naturales de aquella isla, residentes en México, formaron una sociedad en que figuraban los primeros generales de la república, como Bustamante, Bravo, Guerrero, Santa-Anna, y la cual se ocupaba de discutir y proponer cuanto creia conducente al buen écsito de la espedicion, que no parecia al gobierno tan difícil como la hacian en efecto los escasísimos recursos con que contaba. Pero el tiempo iba

desengañando á todos los que la creian de fácil ejecucion por la cooperacion que se esperaba encontrar en la isla y los pocos cuerpos españoles que allí ecsistian, lo cual era un motivo para alentar las esperanzas de su pronta emancipacion de España. El primer proyecto que Santa-Anna quiso realizar, y cuanto se hizo despues fué tan poco meditado y al mismo tiempo tan insuficiente para empresa de tanta magnitud, que seria hasta inoportuno referirse á este suceso, si no contribuyera á poner de manifiesto la facilidad con que por aquel tiempo se ecsageraban los recursos del país, confundiendo todas las ideas, desconociendo las circustancias, y olvidando la inmensa distancia que habia entre la rendicion de una fortaleza apestada y sin víveres que de nada servia á los españoles, y una isla sometida á un régimen militar y administrativo calculado tan profundamente, qne ha podido resistir la vecindad de los Estados-Unidos, y el cambio que han sufrido casi todas las posesiones de la América Española.

La ocupacion de San Juan de Ulúa, la negociacion entablada con el gabinete inglés para concluir un tratado, la importancia que justamente se daba á la reunion de la asamblea americana en Panamá y el papel que en ella corrrespondia representar á México, la abundancia de numerario de los primeros préstamos para pagar, hasta superfluamente, todos los gastos de administracion, y la que tenian algunos Estados, principalmente el de México, el reconocimiento unánime del respeto que se debia guardar á la constitucion y á la persona del primer magistrado, el impulso dado á la minería y al comercio por las casas estrangeras que comenzaban á establecerse, la confianza que tenian los partidos en sus propios recursos para

dirigir el gobierno y hacer progresar al país, y la esperanza de que no se apelaria nunca á la insurreccion, cualquiera que fuese la lucha en que estaban empeñadas las opiniones políticas, hacian un contraste estraño con el porvenir que presentaban al hombre sensato y reflecsivo, la funesta política del presidente, los trabajos del congreso que nada ofrecian de notable, ni en las sesiones ordinarias, ni en las estraordinarias, el desórden de la administracion pública en que se habia perdido todo concierto y regularidad, los escoceses y yorkinos, guiados mas bien por el espíritu de secta que por el bien de la nacion, y la inteligencia perniciosa del sistema adoptado, que en muchos Estados se practicaba ya con una estension que hacia desaparecer las prerogativas mas importantes del gobierno supremo y las ventajas de la Union Federal. Ni debia sorprender tampoco que un país lleno de vida y con todo el convencimiento que tenia entónces, y que ahora ha perdido, manifestase de una manera inequívoca, que confiaba en sí mismo y que al fin lograria consolidar su gobierno y la fiel observancia de sus instituciones. El presidente al comenzar el año de 1826, trazaba un cuadro de México en su discurso á las cámaras tan lisonjero, que por notables que fuesen las ecsageraciones en que abundaba aquel documento, debia dejar la impresion de que habia mucho de realidad, y que las cosas se arreglarian sin otros obstáculos que los que oponian por su misma naturaleza la forma republicana y el sistema representativo. Ilusiones, y no mas ilusiones! no habia union, ni desprendimiento, y el gobierno olvidaba la justicia y los principios de moderacion y economía, para no ver la prosperidad sino en los bandos que sostenian las lógias, y que escitando contra sí todas las prevenciones que era fácil en-

cender por la desgracia de Iturbide y la intervencion de Poinssett, tenian todo el poder necesario para sostener una guerra interminable, y ninguno para asegurar el gobierno y precaver al país de nuevas revoluciones.

III.

El año de 1825 como han observado ya algunos escritores, fué una especie de tregua que se concedieron los partidos, esperando el reinado tranquilo del órden legal, aunque bajo el influjo de sus lógias, de la ambicion de empleos, y de las doctrinas y sistemas administrativos tan opuestos entre sí como lo eran en sus pretensiones los sectarios de los ritos escocés y yorkino. Es natural en efecto, que los hombres que defienden el régimen representativo como el mas á propósito para asegurar la libertad y engrandecer á los pueblos, se engañen mútuamente, y que conformándose con la discordia que las pasiones han introducido entre ellos mismos, la consideren como un mal necesario y preferible tambien á la energía y regularidad de un gobierno que no está sujeto, ni al cambio incesante de las elecciones populares, ni á la oposicion violenta de la imprenta y de las cámaras. Los periódicos que entónces se publicaban, ya he dicho que los principales eran el "Sol" y el "Aguila," las comunicaciones oficiales de las autoridades, y en general el es-

píritu que reinaba en todas las clases, estaban tan bien dispuestos respecto del presidente, sin embargo de la desconfianza que inspiraba su política, que no puede ménos de lamentarse la ocasion que perdió aquel magistrado de asentar el gobierno sobre el respeto que se guardaba á su puesto, sin otro título que el deseo y tambien la esperanza que tenian todos de encontrar en la administracion la seguridad de los bienes que nos habia ofrecido la independencia. Ni en las cámaras ni en las legislaturas tampoco se permitia nadie censurar la conducta oficial del presidente, y léjos de esto habia un grande empeño en que no perdiera nada del crédito de que debia estar rodeada la primera autoridad, y en presentarlo como el centro de la paz pública y el firme apoyo del órden y de las instituciones. A esto contribuían tambien las piezas oficiales que se publicaban de los gobiernos estrangeros y que hacian una grande impresion, porque ignorándose que la cortesía diplomática y la igualdad con que se tratan los gefes de las naciones no espresan mas que una fórmula establecida en todos los países, se presumia que el general que gobernaba á México infundia respeto y era considerado por los demas gabinetes, que por otra parte reconocian los recursos con que contaba la nuestra para organizarse, y la importancia que tendria con el tiempo, si una mala conducta no preparaba la grandeza y la estension territorial que hoy tienen los Estados-Unidos. Victoria prescindia de todas estas ventajas, y creia que la obediencia estaba fundada mas bien en la lucha que protegia ó disimulaba entre las sociedades secretas, que en la buena disposicion de los ánimos para respetar y hacer respetar el gobierno de la Federacion.

El estado político del país visto bajo este aspecto era favora-